

ANA MARÍA MATUTE, UNA MUJER DE PAPEL

José Agustín Goytisolo

Hablar con una amiga de la adolescencia, casi cincuenta años después de haberla conocido por primera vez, y después de tratarla, de conocerla por haber leído todas sus obras, de visitarla en su casa de Sitges, de viajar a su lado por México y los Estados Unidos, es algo muy agradable y sencillo. Inicié esta charla en su casa actual, en la Avenida de la Virgen de Montserrat, la continuamos en un restaurante, en los largos cafés después del postre, y terminamos en mi casa, el día de Nochevieja, mientras esperábamos las doce campanadas, apartados del bullicio de mi nieto, al que hacía jugar el hijo de Ana María, y de la conversación de su nuera con Asunción, mi mujer, y con mi hija Julia.

Recompongo todo lo que grabé, y todo lo que ella y yo inventamos, para hacer así más coherente, dentro de lo que cabe, estas páginas que siguen.

—No es que fueras una niña tímida entonces, con aspecto de acabar de salir de un colegio de monjas, que así es como te vi cuando apareciste en la Tertulia del Turia, en los años cuarenta: es que siempre has sido una niña tímida. Háblanos de tu infancia.

—Yo nací en una familia burguesa, de padre catalán y madre castellana, aquí, en Barcelona, el año 1926. Éramos cinco hermanos: Conchita, la mayor; después, yo; luego José Antonio, al que tú conociste en el colegio; luego José Luis, que ha muerto hace poco, y que era con el que yo más trato tenía; y finalmente María Pilar, que nació hacia el final de la Guerra Civil. A José Luis le quería mucho: le dibujaba marineros, animalitos, y se los regalaba el día de su santo. Yo le decía que, cuando fuéramos mayores, nos iríamos por el mundo en un carro de titiriteros.

—Pero no vivías siempre en Barcelona...

—¡Qué va! Mis padres tenían un piso aquí y otro en Madrid, y andábamos continuamente de una casa a otra. Lo que más me gustaba era viajar en

coche-cama. Y los veranos los pasábamos en la costa cantábrica, un mes o así, en Zumaya o Zarauz, y el resto en Mansilla, en la Sierra de la Demanda, en la Rioja logroñesa: todo ésto antes de la guerra civil.

—Tú me has hablado mucho de tu infancia en Mansilla...

—Sí, claro. Jugábamos con los niños del pueblo. Uno de ellos, que tiene mi edad y al que veo algunas veces, me dijo: «No puedes imaginar lo que erais para nosotros: algo así como extraterrestres». Los medios de comunicación actuales no existían, y la máxima audacia que uno de aquellos pequeños podía permitirse era ir a Logroño y ver lo que allí pasaba. Ellos vivían pendientes de la vida en el pueblo: de un nuevo ternero, de si se había muerto una vaca... Había grandes lutos cuando las vacas se morían: era como si se hubiera muerto un familiar. Aquellos niños nos transmitían el aire de una vida que nosotros, en la ciudad, no podíamos sospechar. Recuerdo a Donato, a Benito, a Alberto o a Darío como si los estuviera viendo: eran chicos que usaban una cuerda, en vez de cinturón, para sujetarse los pantalones, que se abrochaban la chaqueta con un imperdible... Jugaban en la colina que separaba el río de nuestra casa. Abajo había un puente de madera que se llamaba El Tablón. Ya mayor, vi cómo desaparecía ese puente, cómo se llevaban los muebles al dismantelar mi casa, cómo talaban el bosque, pues iban a hacer un pantano. Me puse a llorar.

—¿De qué hablabais con aquellos niños?

—Hablaban ellos. Nos preguntaban cómo era la ciudad, cómo era el mar... Decían que nosotros sabíamos lo que era la vida. Oye, nosotros no sabíamos nada de la vida. Ellos sí: sabían lo que significaba que se muriera una cabra, que hubiese mala cosecha... La vida eran ellos, no nosotros.

—¿Te acuerdas del colegio?

—¡Ah, sí, las monjas! Eran horrendas. A los cinco años me enviaron allí. Nos decían que el demonio era tremendo, que arrastraba a las niñas por los pies. A mí esas cosas nunca me hicieron demasiado efecto. Prefería los cuentos que la Tata nos leía.

—¿La Tata?

—Se llamaba Anastasia. Tenía nombre de princesa rusa. Era maravillosa. Olía a pan tostado, como el de la merienda. Yo me cobijaba en su delantal, cuando lloraba, para que nadie me viera. Tenía unos ojos de color gris ámbar, con unas rayitas, como los de una gata. Era increíble la sensatez de aquella mujer, la serenidad que comunicaba a unas vidas angustiadas como las nuestras, siempre de aquí para allá, de allá para aquí. Cuando yo le contaba lo que las monjas decían del demonio, contestaba: «No, no, tontita, no hagas caso, el demonio es ridículo. En cambio, el ángel es muy guapo, muy amigo tuyo, y no tiene rabo ni cuernos».

—¿Eras traviesa?

—Eso decían. Me encerraban en el cuarto oscuro. No tenía miedo: en el cuarto oscuro me inventé la ciudad de los armarios, y jugaba a mi aire. Un día encontré allí un terrón de azúcar...

—¿Cuándo empezaste a escribir?

—Muy pronto, primero a leer, claro, para poder escribir luego cuentos como los que nos leía la Tata. ¡Tenía unas ganas de escribir! Si encontraba una carta que la abuela le había enviado a mi madre, imitaba en un papelito lo que debían ser *eles* o *emes*. Y aprendí muy pronto: si no llego a escribir, me muero. Era la mejor forma de comunicarme con los demás.

—¿Qué recuerdas del mundo literario en Barcelona?

—Tú sabes que no había casi ninguno, salvo reuniones en las casas de alguna señora: Esther De Andreis, América Cazes... ¡ah, y las tertulias de El Turia! Allí os conocí a ti y a tu hermano Juan, a Castellet, a Carandell, tu cuñado... Éramos cuatro

gatos. Yo me creé un mundo aparte escribiendo; me costaba hablar. Eso de vivir en tu propio mundo, es bueno, pero el mundo exterior existe, y un día te asaltan las dudas. Hace pocos años, en Sitges, mirándome al espejo, al verme ya mayor, pensé: ¿El rey Gudú existe? ¿Y la princesa Tontina, y la Reina, existen? Y fui corriendo a ver a Julio y le dije: «Oye: ¿mis personajes existen?» Y él me contestó: «¡Claro que existen, mujer! Mientras tú vivas, existen». Yo vivo en este mundo que he creado, mi vida ha sido siempre una vida de papel. Siempre me he refugiado escribiendo, porque no puedo aceptar este mundo hostil que me ha rodeado siempre. Una vida triste, la mía. Porque muy pronto me di cuenta de que el mundo que me mostraban era falso, todo una gran mentira. Y me inventé otros mundos para poder vivir. No le tengo miedo a la muerte, pero sí al dolor, y a continuar viviendo a fuerza de prohibiciones: no comas esto, no bebas aquello. Me matarán las medicinas y las dietas. Por cierto ¿Pedimos dos whiskies? Después de comer, ayudan a hacer la digestión. El whisky, con mesura, es mucho mejor que el Agua del Carmen que tomaban mis tías.

—Para ti qué fue peor, ¿la guerra o la postguerra?

—La guerra era cruel: los bombardeos, los asesinatos, la miseria, el horror... Pero se vivía más intensamente y, en cierto modo, los niños éramos libres. Pero la postguerra fue atroz, aunque aparentemente no pasaba nada. Pero sí pasaba. Aquellos años fueron como una losa que nos echaron encima. No podíamos ir a ninguna parte, no debíamos salir de casa. Escribir fue para mí el mejor, el único camino para salir de aquella cueva.

—Pero luego tuviste amor.

—Sí, sí, yo he amado. Yo sólo creo en la gente que ama, pues la gente que no sabe amar, no existe. Son como piedras. Yo conocí, toqué y sentí el amor. Y todavía lo siento. Aunque Julio haya desaparecido, sigo amándolo, igual que el primer día. A veces oigo decir: «Me enamoré, pero luego comprendí que no me convenía...». El amor no conviene o conviene, el amor se siente. Es como la amistad: se encuentra o no se encuentra. Yo, como mucha gente, he tenido otros amores; amoríos, amorcillos, amorcetes. Pero conocí a Julio, vi que aquello era otra cosa, mi mundo cambió, también mi vida. Me invadió su ternura. Todo esto es muy difícil de explicar. El ser humano tiene una facultad que le distingue de los animales: el habla. Mediante las palabras puede explicarse casi todo, menos el amor. Quizá es mejor así.

—¿Y el dolor?

—El dolor físico puede calmarse, pero no el dolor de la ausencia real de una persona querida, aunque la sientas viva. Julio era un hombre alegre y orgulloso, pero no vanidoso. Decía que la vanidad es patrimonio de los mediocres. Julio me respetaba, me comprendía, y aunque en ciertas cuestiones no coincidíamos, los dos teníamos una misma mirada hacia la vida.

—¿Has pensado en escribir tu autobiografía?

—No creo que tenga interés; lo que considero interesante son mis libros. Y sólo uno de ellos es autobiográfico: *El río*. Por lo demás, para mí y para otros, mi vida es la vida de una mujer de papel.

—Ana María, es imposible no quererte mucho.